

venga, véngase V. conmigo, estoy anhelosa de consolarla á mi vez.

Entonces fué Clotilde quien asió de la mano á Fernanda y se la llevó hacia el ala de la quinta opuesta á la en que estaban reunidos la de Neuilly, la señora de Barthele y Montgiroux.

Las dos jóvenes entraron en un como retrete alumbrado suavemente por una lámpara de alabastro. Clotilde cerró la puerta para que persona alguna pudiese interrumpir la confidencia que iba á recibir, y volviendo al encuentro de Fernanda, se sentó al lado de ésta, diciendo:

—Puede V. hablar, escucho.

XV

Trascurrieron unos momentos de silencio, durante los cuales Fernanda permaneció inmóvil y con la frente inclinada; luego y cual si hubiese tomado sobre sí la tarea de empezar la penosa confidencia que ella misma solicitara hacer, la joven levantó la cabeza y se expresó en los siguientes términos:

—No pretendo, señora, disculpar mi conducta engañándome con cualidades que no poseo, ó inventando peligros que nunca he corrido. No, esté V. convencida de que nadie es tan severo para conmigo como lo soy yo misma; pero es muy raro que una mujer distinguida se convierta en piedra de escándalo, sin que permanezca objeto de compasión para aquellos que observan las cosas á todas luces; es extraordinario que una mujer caiga sin que la empujen; su falta es siempre el crimen de otro; sólo las circunstancias determinan el vituperio ó la compasión. Nos educan á la buena de Dios, y desenvuelven en nosotras facultades que no tienen otro fin que el de hacernos brillar á los ojos de la sociedad, con lo que la educación nos vuelve todavía más fútiles y fri-

volas que no nos ha creado la naturaleza. Al educarnos, parece que lo hacen para un porvenir de dicha no interrumpida y segura; pero luego se nos echa de improviso encima la desgracia, y nos exigen las virtudes necesarias para luchar contra una desdicha de que nunca nos habian hablado. Esto es ser injusto y cruel, pues la ignorancia del peligro destruye el libre albedrío. Privada desde la cuna del cariño de una madre, confiada á manos mercenarias, no he conocido en mi vida los solícitos cuidados que preparan á la joven para cumplir con los destinos de la mujer, esto es con el deber y con la obediencia. La indiferencia de los extraños influye en nosotras, sobre todo porque nos aísla; los lazos de parentesco, la jerarquía de la sangre, son en la casa paterna, durante nuestros primeros años, lo que debieron de ser para la sociedad en la infancia del mundo, el sacerdocio doméstico, la magistratura íntima, la regalia natural. Desde muy niñas nos acostumbran á respetar el derecho imponiéndonos deberes, á acatar la autoridad obligándonos á obedecer; y en la vetusta torrecilla en que nació, situada en el corazón de la Bretaña, donde tan fielmente se transmiten los usos de lo pasado, donde las más remotas tradiciones aparecen todavía, cual pálidos fantasmas, en lo presente, nunca la gran silla de brazos hereditaria, trono de la familia, me ofreció, en las festividades solemnes del año, el espectáculo de un padre y de una madre que tienden los brazos á su hijo, le alientan con una mirada preñada de lágrimas, le toman de las manos el ramo que el jardinero ha cogido para la festividad, y escuchan sonriendo los versos que el maestro de escuela ó el cura han compuesto para ocasión tan solemne. No, nunca el año ha concluído para mí en medio de la trémula impaciencia de ver llegar el día siguiente para inaugurar el nuevo año con el cumplimiento de un acto sagrado. ¡Ay! el niño que no puede empezar el día pidiendo á Dios que los conceda dilatados á sus padres, está condenado á la desdicha desde la cuna; que el cielo se muestra sordo á la voz de aquellos que únicamente oran para sí: tal lo ha decretado la fatalidad. ¿Quién ha fulminado decreto semejante? no lo sé;

pero ha pesado sobre mi cabeza, creo en él, y, no sabiendo ante qué tribunal apelar, doblo la frente.

»Lo que sé de mi familia por las mujeres que cuidaron de mi infancia, es una trasmisión vaga é indeterminada respecto de mis padres, trasmisión tanto más pia y auténtica cuanto más se remonta á lo pasado. Desde el cadalso revolucionario al que subió mi abuelo, hasta los tiempos de la independencia bretona en que sobresalieron mis antepasados, la gloria del castillo de Mormant aparece resplandeciente en medio de las nieblas de las leyendas y de las tradiciones, y recuerdo haber sido arrullada con relatos poéticos como los cuentos de hadas. Y es que el feudalismo tuvo realmente sus días heroicos, y las hazañas de los señores de Mormant, cantadas por los poetas, se habían convertido en el relato de la velada en la cabaña del pobre. Ahí cómo los corazones sencillos y rectos de los campesinos bretones eternizan su gratitud, y cómo, mientras los moradores de las ciudades, para que lo porvenir les trate á ellos con menos dureza, reniegan de lo pasado, este pasado tradicional se convierte en una segunda religión para aquéllos.

»Iré pues contando á V. mis recuerdos tal cual se me presenten en la memoria.

»Mi padre, único que, protegido sin duda por su juventud, quedara de su familia, en 1793, se vió obligado á vivir en la oscuridad y á someterse al gobierno de su tiempo. Apaciguada la Bretaña, empuñó las armas en servicio de Francia, y cuando los príncipes de Borbón vinieron en 1814 á reanimar las esperanzas de la nobleza tradicional, el coronel Mormant, ya veterano del antiguo ejército por más que apenas frisase con los treinta, se presentó en la corte engalanado con su título de marqués, que tomó de nuevo junto con el escudo de armas de su familia, mereciendo del rey la más cordial acogida.

»El regreso de los Borbones y el inesperado acogimiento que éstos le reservaron, no obstante prometer á mi padre un próximo ascenso y por ende un porvenir brillante, no fueron parte á hacerle olvidar los compro-

misos que contrajera antes de 1814; pidió pues el retiro y se volvió á Bretaña, donde halló de nuevo á la doncella noble y pobre á quien un año antes diera palabra de esposo, y por espacio de algunos días el vetusto castillo se animó con las fiestas de la boda. La gloria militar del Imperio añadió nuevo brillo á los vestigios de la antigua monarquía, y el corazón feudal se enorgullecía de ostentar las cruces repartidas por el poético y nacional usurpador. Todo presagiaba á los jóvenes esposos un porvenir halagüeño como lo pasado, y sus amigos no sabían qué dicha desearles, que la realidad no diese sobrepujarla.

»Mi padre condujo á su esposa á la corte, donde fué recibida con agasajo; la delfina nombróla una de sus camaristas, y mi padre salió para agregarse á su regimiento, con la promesa de una tenencia general.

»Un día cundió por todos los ámbitos de Francia la noticia de que Napoleón había desembarcado en el golfo Juan; mi padre, al tener conocimiento de ella, salió apresuradamente para París y se puso á las órdenes del rey. De todos es sabida la unanimidad con que la nación combatió la abnegación de algunos servidores fieles. El 16 de marzo mi padre hizo partir á la marquesa para la Bretaña, y el 19 él mismo se puso en camino, acompañando al rey al destierro.

»Tres meses después mi padre regresó á Francia; pero como mi madre había muerto al darme la vida, aquél no halló sino su tumba y mi cuna...»

—¡Ay! señora, dijo Clotilde interrumpiendo á Fernanda, entre nuestras desventuras existe una triste conformidad. También yo, como V., soy huérfana y perdí á mi madre en la misma época y en parecidas circunstancias.

—Sí, repuso Fernanda, interrumpiendo á su vez á Clotilde, pero ahí paran sus desdichas; las riquezas y el cariño de una familia solícita han puesto á cubierto de ellas á la huérfana. Afortunadamente para V., aquí cesa la similitud entre ambas.

»El dolor alejó, á no tardar, á mi padre de una casa entristecida por la muerte. Sólo quedé yo en ella como

prenda de esperanza. Mi padre se había vuelto á Paris en demanda de las distracciones de una ciudad populosa, de las agitaciones de la vida política, de las luchas del valimiento. Joven todavía y conservando gratisimo recuerdo en el ejército, mi padre gozó entonces de todas las prerrogativas que entonces se concedían á los vástagos de la nobleza antigua ilustrados por una gloria reciente, á los títulos tradicionales rejuvenecidos por la victoria. Había cesado la guerra, el guerrero se hizo cortesano, desempeñó su papel en la historia de la Restauración, fué á representar á su rey en las cortes extranjeras, no pudiendo esgrimir la espada esgrimió la astucia, y adquirió en la diplomacia tanta gloria cuanta conquistara en el ejército. Yo, pobre niña cuya existencia sólo él conocía, de quien únicamente él se acordaba de vez en cuando, recibía muy de tarde en tarde una visita y una caricia; pero esto con tal rapidez, que apenas me acuerdo de haber visto á mi padre en los primeros años de mi vida.

»Por lo demás, no le dirijo cargo alguno, pues le era imposible venir á verme con más frecuencia. Es indudable que semejante alejamiento le causaba á él más pesadumbre que á mí, que todavía ignoraba lo que era sufrir; pero su esperanza le movía á creer que las santas y pias tradiciones de la Bretaña protegerían mi infancia y me conservarían tal cual él deseaba hasta llegado el momento en que sería necesario iniciarme en la enseñanza del mundo. La anciana y buena mujer á quien su prudencia me confiara, era una antigua monja á la cual la revolución había arrojado del claustro, donde debiera haber pasado su existencia. La educación elemental que dicha monja recibiera era la única que podía darme; pero su sincera piedad, la rectitud de su espíritu y la bondad de su corazón, debían predisponer mi juvenil inteligencia á recibir más adelante las inagotables superfluidades de la educación y precaverme de antemano contra los peligros á ella inherentes.

»Una mañana, sor Ursula, que así se llamaba la monja, entró llorosa en mi habitación y me dijo:

»—¡Pobrecita! es menester que nos separemos,

»Me acuerdo de que lloré, no porque comprendiese lo que significaba una separación, sino porque veía llorar. Son las primeras lágrimas de que tengo memoria.

»Vistiéronme para ir á la iglesia. Era el día de difuntos. El cielo estaba encapotado y sombrío, el aire húmedo y helado, la campana de la iglesia tañía lentamente, y todos los habitantes de la aldea, vestidos de luto, se encaminaban al cementerio. A él me condujo también sor Ursula, y una vez hubimos llegado delante de la tumba de mi madre, me hizo arrodillar y despedirme de la que me diera el sér. Obedecí, oré, luego acerqué los labios á la losa é imprimí en ella un beso.

»¡Ay! ni aquella piedra funeraria iba á quedarme ya para ir á pedirle consejo. La antigua mansión pasó á manos extrañas, cual yo misma pasara. Mi padre se había visto obligado á vender la herencia de los suyos: el castillo de Mormant dejó de pertenecer al marqués de su nombre.

»Mientras los buenos aldeanos, advertidos de mi partida, lanzaban á la pobre huérfana una mirada triste y condolida y hacían votos por su dicha, yo me sentía instintivamente conmovida al verme ya objeto de conmiseración. El recuerdo de que iba á abandonar la casa paterna me llenaba de angustia como una desgracia vaga y desconocida; contemplé con avidez y como si por última vez hubiesen formado á mis miradas un magnífico cuadro, la esculpida cruz del cementerio, el puntiagudo tejado del castillo y los magníficos árboles que elevaban á grande altura sus despojadas ramas. Por la primera vez aquellos corpulentos vegetales infundían á mi imaginación ese como temor respetuoso que vive largo tiempo en la memoria, y del que, trascurridos quince años, siento todavía la impresión, cual el día en que los ví, para eslabonar á ellos los primeros pesares de mi alma, para dejar en los mismos las huellas del paso de una vida pura y sin lágrimas á la vida terrible que me estaba reservada.

»Al salir del cementerio regresé al castillo. A lo largo del camino, las niñas de la aldea, á quienes consentían que jugasen conmigo, avanzaron á mi encuentro; me hi-

cieron reverencias y me desearon feliz viaje. Sor Ursula me dijo que las besase y las besé.

»En el patio del castillo aguardaba un carruaje; mas antes de subirnos á él y como me encontraba todavía en ayunas, me hicieron entrar en el comedor, donde estaba servido el almuerzo. En esta pieza del castillo ví una persona desconocida: era el aya que me habian destinado y debía sustituir á sor Ursula.

»Comí poco y lloré mucho; luego, en almorzando, besé por última vez á todos y me subí al carruaje. Toda la aldea estaba reunida para verme partir, y en cuanto el postillón zurriagó los caballos, mis amiguitas todas me arrojaron sus ramos. ¡Presagio singular! todos aquellos ramos estaban labrados de ramas de ciprés cogidas en el cementerio; no había ni una flor.

»La niña que el marqués de Mormant vió llegar á París, y á la cual recibió en brazos al bajar de la silla de posta, poco más ó menos debió de responder á sus esperanzas. Yo era sencilla sin ser boba, y dócil por discernimiento; comprendía con rapidez, y con todo recibía las nuevas impresiones sin entregarme á ellas atolondradamente: de mis ideas iba á las que me sugerían, según la lógica de mi juicio y guiada por un criterio todavía no falseado. En una palabra, la diferencia de costumbres, usos y objetos me causaban más emoción que no sorpresa. Por decirlo así, me abría á la vida, como una flor que se abre á los rayos del sol, por efecto de una vegetación natural.

»Y sin embargo ¡cuántos contrastes!

»En el vetusto castillo feudal donde éramos superiores á todos, donde en otro tiempo el señor tenía derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, el espacio daba por todas partes ideas del poder. Afuera, todo era grande: parque, bosques, tierras, páramos, malezas; dentro, todo era fuerte y aun la madera parecía indestructible como el hierro: las vigas esculpidas de las espaciosas salas, los tableros arrimados á las paredes, las columnas de torsos opuestos, los muebles cargados de figuras fantásticas, imponían por su carácter un como respeto hacia su dueño. Allá, la desigualdad de las condiciones resal-

taba como en la edad media: los criados con su larga cabellera, y las sirvientas con su cofia de tela plumiza, parecía como que confesasen humildemente pertenecer á una condición en la que por otra parte no vivían humillados, porque era la de sus padres. Además la voz del señor era siempre suave y bondadosa, porque éste comprendía que no tenía que vencer resistencia alguna. Allá, el mando nada asumía de altanero, ni tenía nada de servil la obediencia; todos los domingos, señores y criados, de rodillas en la iglesia, por espacio de una hora volvían á ser de nuevo iguales ante Dios, confundían sus almas con un mismo anhelo, y pedían al único Señor verdadero, por medio de las piadosas palabras de la oración dominical, el pan cotidiano y el perdón de las ofensas. En cuanto á la vida, era holgada y abundante para todos; había establos atestados de reses, corrales bien provistos y numerosos caballos; el suelo estaba fertilizado doquiera podía estarlo, en todas partes se veían flores y frutos, y se respiraba el aire á oleadas, y se disfrutaba de la vista del cielo. En invierno, en torno de amplio é inflamado hogar, las mujeres hilaban el lino para el uso doméstico, mientras los hombres cantaban, narraban cuentos é historias, ó recitaban poesías; y en verano se reunían debajo del follaje, donde disfrutaban de la brisa de la tarde, del gorjeo de los pájaros y de las salinas emanaciones del lejano Océano; en suma, de la poesía de Dios.

»Ahí en qué centro se habian deslizado los primeros seis años de mi infancia.

»En París, en una casa de seis pisos de la calle de Taitbout, henchida de seres humanos, mi padre ocupaba un segundo piso cuyas ventanas miraban por un lado á la calle y por el otro al patio. La habitación se componía de una pequeña antesala en la que había dos lacayos revestidos de rica librea, de un salón en el que apenas pudieran haberse movido veinte personas, y de otras dos piezas, formando un conjunto pobre de proporciones, pero sobrecargado de oro, sederías, espejos, pinturas y frágiles muebles. En aquella vivienda no penetraba nunca la brisa de la tarde ni la de la mañana; sólo re-

novaban el aire olores artificiales; ni la alumbraba más que una luz mortecina por la mañana, ó el brillo de las lámparas y de las bujías por la noche. No obstante, los que venían á ver á mi padre se hacían lenguas de la habitación y le decían que estaba bien alojado.

»¡Ay! para sostener semejante lujo vendió el marqués de Mormant la herencia de sus padres; y en esto todo el mundo le daba la razón, porque un hijo de Francia iba á defender en España el sistema político según el cual debía reinar él mismo. El marqués de Mormant presentó su dimisión de diplomático y se convirtió de nuevo en general. Mi padre debía tomar parte en la expedición, y le era menester desplegar el lujo y el boato correspondientes á su categoría. La necesidad de presentarse como verdadero noble, el deseo de conservar el favor de la corte y el orgullo tan natural en los grandes señores, que nunca quieren acudir á los demás y pretenden sacar de sus propias fuerzas todos los recursos, habían hecho pasar á manos de un rico pechero, de un burgués enriquecido, la morada aristocrática; la necesidad de ser rico elevaba á una familia y hundía á otra. Yo niña desheredada, en vísperas de verme huérfana, iba á prepararme, en un colegio, á la vida incierta y peligrosa que aguarda en la sociedad moderna á la joven pobre, todavía más empobrecida por un apellido ilustre.

»En el colegio fué donde comenzaron, si no mis primeros dolores, á lo menos mis primeros sonrojos: en él no tenía padre y por consiguiente en quien refugiarme; en él empecé á notar el influjo del dinero, y en él la charla de mis compañeras me inició poco á poco en la triste ciencia del mundo, que limita el campo de la voluntad, enseña á moderar los deseos, y señala á cada una, al lado del sitio que le ha dado la cuna, el que la fortuna le ha creado. Hijas de banqueros, notarios y abogados que tenían un bufete ó un despacho en dote, se complacían, á los diez años, en pensar en el brillante porvenir que las aguardaba. Únicamente yo me veía privada de hablar de lo pasado y de lo venidero: lo pasado era el secular castillo de Bretaña que ya no nos

pertenecía; lo venidero una campaña tenida por mortífera y en la cual mi padre podía sucumbir.

»Este partió; de él recibí dos cartas, una fechada en Bayona y la otra en Madrid; son las únicas que poseo; luego estuve mucho tiempo sin recibir noticias suyas.

»Lo que advertí fué que, desde cierto día, maestros y maestras me trataron de distinto modo; la compasión pareció haber sustituido al deber. Mirábanme con miradas y murmurando:

»—¡Pobre niña!

»Un día una de mis compañeras se me acercó y me dijo:

»—¿No lo sabes, Fernanda? tu padre murió.

»Desde entonces me lo expliqué todo. Ignorábase si mi progenitor había dejado fortuna, y si sería satisfecha mi pensión; interin, empero, me trataban ya como si estuviese á cargo de la comunidad; que á los desventurados hay que apresurarse á tratarles con rigor.

»Mi padre, mortalmente herido ante los muros de Cádiz, había tenido tiempo de formular un testamento, en el cual me dió por tutor al conde de C..., hermano suyo de armas, y me recomendó al príncipe en cuyos brazos rindió su espíritu, después de haber rezado, como un noble de otros tiempos, una oración.

»Poco más ó menos trascurrió un año, durante el cual tuve que sufrir todas las amarguras y las humillaciones todas que pueden cebarse en una huérfana; luego, trascurrido este tiempo, presentóse en el colegio el intendente del conde de C..., pagó las mensualidades atrasadas, dió á las maestras y á las ayudantas una gratificación, lo que no acontecía ni tratándose de hijas de duques, y me llevó á casa del conde.

»El día que supe la muerte de mi padre, lloré; pero pronto enjugué el llanto: el golpe que me hiriera había como embotado todas mis facultades, y por espacio de algún tiempo permanecí en un estado rayano con el idiotismo. Delante de un hombre que me hablaba de mi padre y me refería los pormenores de la muerte de éste, acudieronme de nuevo las lágrimas y volví á llorar. Sin embargo, la voz de aquel hombre no me llegaba al cora-

zón, y ante su mirada bajaba la mía dominada por aprensión profunda y temerosa.

»Año más ó menos, el conde frisaba con los cuarenta y cinco; sus modales delataban la costumbre del mando y las correctas líneas de su rostro desaparecían dominadas por sus excesivamente contraídas facciones; fisonomía varonil que en sus mocedades le conquistara una reputación de hermosura que todavía en su edad madura conservaba.

»El conde miróme largo espacio de tiempo sin que mi juventud y mis lágrimas fuesen parte á modificar lo más mínimo la expresión de sus facciones, hasta que por fin me tomó las manos y atrayéndome á sí por medio de un movimiento á que resistí instintivamente, me dijo:

»—Hija mía, ya no volverá V. al colegio; su alteza monseñor el duque de Angulema acaba de ordenar sea usted admitida en la casa real de San Dionisio, y yo, su tutor, soy quien desde ahora voy á servirla á V. de padre. Siempre y cuando tenga V. que decirme ó pedirme algo, proveeré á sus necesidades, como así se lo prometí á su moribundo padre, y espero que con su conducta se hará V. digna de la elevada protección con que la honra el príncipe.

»Yo hice una gran reverencia, y por segunda vez se me secaron las lágrimas en los ojos. Luego el conde me previno que íbamos á subir á un carruaje.

»Dos horas después, la superintendente de las hijas de la Legión de Honor me acogió con suma afabilidad, y desde entonces fui una de sus hijas adoptivas.»

Fernanda dió un suspiro, bajó la frente y guardó un instante de silencio, cual si hubiese tenido necesidad de tomar nuevas fuerzas para continuar su relato.

XVI

«—Es tan suave y encantador el tiempo de la infancia, dijo Fernanda saliendo prontamente de su abstracción, que sea cuál fuere la situación de la vida en que nos encontremos, no es inútil que sumerjamos el alma en él. En San Dionisio yo estaba satisfecha y orgullosa de verme estimada, de participar de las ilusiones de los demás, conservar sus esperanzas y recibir mis impresiones conforme á las suyas; pero á causa de lo mismo me intimidaba el sentimiento de mi desventura. Obligada á crearme una familia entre mis relaciones de amistad, era indispensable que me adornaran más prendas ó más defectos que á mis compañeras, niñas acariciadas por risueñas esperanzas, á quienes aguardaban al umbral de aquella casa, las realidades de una existencia, si no libre de perturbaciones, á lo menos preparada por la solicitud y la ternura de sus padres. Por fortuna mi naturaleza me sostuvo en mis buenas disposiciones, y bajo la vigilancia de nuestras maestras fui creciendo, al par que aprovechándome de la discreta educación que el fundador mismo de aquel establecimiento meditara: que Napoleón se revela en San Dionisio, como en todas partes, en el orden en pro de la orden. Citábanme con elogio ante mis condiscípulas, y constantemente animada por el triunfo, rebasé los límites que me fijaran. ¡Ay de mí! añadió Fernanda sonriendo con tristeza, estaba dispuesto que en todo tenía que avanzar á las demás.

»Cuando el emperador fundó el colegio de las hijas de la Legión de Honor, dijo al soldado:

»—Si eres valiente, recibirás la cruz, y entonces, pobre ó rico, general ó soldado, podrás morir tranquilo, pues tus hijos tendrán un padre.

»No había asegurado, pues, á las huérfanas pobres, sino lo útil y lo necesario, pues prometerles y asegurarles más, hubiera sido darles una educación superior á su

estado. En tiempo de la Restauración muchas familias nobles carecían de lo necesario y de lo útil, y con todo en tales circunstancias fué cuando las vanidades mundanas penetraron en el asilo abierto á las huérfanas por la gratitud del guerrero. La ley sálica, al excluírnos del trono, no nos preserva de la ambición de reinar por el influjo de nuestro talento ó de nuestra hermosura; la mujer no lleva más título que el de su marido, y por consiguiente lo compra á costa de su libertad; pero sus hijas ostentan en la cuna pañales blasonados, y juegan con las perlas y los florones de una corona. Si las salas de estudio y los dormitorios de la real institución permanecían conforme á los estatutos redactados por el soldado coronado, los patios y los jardines eran eco de la agitación de la gran ciudad; la charla infantil, reflejo de las conversaciones oídas en los salones de la casa paterna, hacía nacer en los corazones de doce años la impaciencia de lucir y la necesidad de agradar. Los esplendores de la corte centellaban en el fondo de las exaltadas imaginaciones y fomentaban en ellas sordas esperanzas; quizás era yo la única que nada deseaba, la única á quien los proyectos para lo porvenir no distraían de los estudios presentes. No había sino que la vanidad de mis condiscípulas infiltrábase en mí cual en ellas mismas se infiltraba; aconteciendo que cuando se cansaban de levantarse unas á otras horóscopos de ducados ó dignidades de par, me predecían á mí una ventura sin fin, desconocida, inusitada; especie de rendimiento que indirectamente hacían no á mi posición, sino á mi superioridad, y que aparte de halagar mi ambición y cortar el vuelo á mis pensamientos, asumía la particularidad de inspirarme el deseo de encerrar por completo mis esperanzas entre las paredes de San Dionisio, en lugar de despertarme el de que llegase la hora de abandonar aquel refugio.

»Por espacio de seis años nadie preguntó por mí en el locutorio, ni aun mi tutor. A éste le escribí con regularidad en determinadas fechas, por consejo de la superintendente, como también al único pariente que me quedaba, un tío de mi madre, anciano sacerdote á quien

apenas conocía. La temporada de vacaciones, alegre siempre para las demás, se convertía para mí en ocasión, si no de tristeza, á lo menos de reflexiones. Mis compañeras partían como golondrinas que emprenden el vuelo, yendo cada una de ellas en demanda de una familia que tenía á dicha el recibirlas, mientras yo me quedaba aguardando su regreso en el seno de la única familia que el cielo me dejara; á su vuelta, sus juveniles coqueterías y sus doradas esperanzas me traían vislumbres de esa sociedad desconocida á la cual era yo tan extraña como si hubiese vivido á mil leguas de la tierra en que nací.

»A medida, pues, que los años iban dándome á conocer el mundo y la necesidad de contar en él con una protección, me sentía progresivamente más aislada. Entonces, con el discernimiento justo y severo que sustentaba en mí, porque nada lo había falseado nunca, mi ambición suave y pura daba pábulo á mi deseo de no salir en mi vida de San Dionisio, donde los grados jerárquicos de la casa ofrecían á mi porvenir la única riqueza que razonablemente me era dado esperar. No puedo siquiera decir que ello me consolase, pues ni me cabía el mérito de la resignación; y es que en lo venidero nada veía. Cuanto á lo pasado, se limitaba para mí al castillo de Mormant, con sus empinadas torrecillas que sobresalían de las altas copas de los árboles, y sus espaciosos, sombríos y esculpados aposentos en los cuales de tiempo en tiempo brillaban el bordado uniforme y las charreteras de mi pobre padre.

»De improviso un ruido insólito vino á turbar los proyectos que con tanta confianza forjaba aquel enjambre de niñas. Por espacio de tres días el cañón retumbó hasta el corazón de la abadía, y la pavorosa palabra *revolución* vino á pintar un terror vago en los rosados y risueños semblantes de todas. Entre aquellas niñas nobles, tal vez era yo la única que no oyera alabanzas ni maldiciones; y es que no me había instruido al soplo de las pasiones políticas, ni cifrado el bienestar de mi familia en los acontecimientos de semejante índole. La admiración excluye al egoísmo; así pues, yo, que me

había contentado con admirar, no me consideraba ligada de ningún modo á la elevación ó á la caída de los tronos. Ni aun sabía que los individuos constituyen multitudes, y que las grandes conmociones sociales van de los palacios á las cabañas.

»La fortuna del conde de C... era independiente, pero la debía á la familia á quien una nueva revolución arrojaba de su patria y hacia la cual debía sentir acrecentarse su amor en la desgracia. Sin embargo, su devoción, que hubiera llegado hasta hacerse matar por los Borbones en las filas de la guardia real ó de los suizos, sin reflexionar por un instante que combatían contra los franceses, no llegaba hasta acompañar á sus bienhechores en el destierro. Capituló, pues, con su conciencia, que le dictó que sería más útil á Carlos X permaneciendo en Francia que no siguiéndole al extranjero, y si no logró convencer á los demás, quedólo él casi completamente de que su sitio estaba en París, donde podía preparar el regreso de la familia destronada y velar por sus intereses personales.

»París era una ciudad enemiga á la cual se trataba de reconquistar, y en la que, por ende, era bueno conservar inteligencias. Así, pues, el conde se quedó en la capital. Más; éste, so capa de ocultar sus proyectos políticos, dió nuevamente rienda á su carácter primitivo, un tanto moderado por la rigidez de costumbres que afectaban en la antigua corte. Aunque de edad madura, se confundió con los jóvenes de otra generación y se convirtió en el alma de los más célebres *clubs* de la capital. Consultáronle cual á un oráculo, y falló en materia de carreras de caballos, de caza y de duelos. En una palabra, en la esperanza de crearse un nombre popular, según él decía, renació á una segunda juventud más ruidosa que la primera.

»¿En qué consistió que el conde de C..., que por espacio de seis años no se acordara de la huérfana de San Dionisio, de la hija que su compañero de armas al morir le había confiado sobre el campo de batalla, que por puro decoro firmara las cartas escritas por su secretario, sea para contestar á las mías, ya para enviarme la pen-

sión que me asignara, ó más bien que el duque de Angulema me asignara en recuerdo de mi padre; en qué consistió, repito, que el conde de C... se acordase prontamente de que yo existía?

»Indudablemente instigado por el tedio ó por la ociosidad, un día en que se dirigía de Enghien á París se detuvo con uno de sus amigos á la puerta de la abadía, bajó del coche y me hizo llamar.

»Vinieron á comunicarme los deseos del conde; y yo, sorprendida hasta más no poder, me hice repetir dos veces el aviso; tan inesperada y extraordinaria me parecía semejante visita. Sin embargo, me levanté al punto de la silla en que estaba sentada delante de un dibujo al que daba los últimos toques, y me encaminé al locutorio.

»Las facciones del conde se me habían borrado completamente de la memoria. Con todo le conocí, pero sin que, debo decirlo para vergüenza de los presentimientos, emoción íntima alguna me precaviese contra el influjo que semejante hombre iba á ejercer sobre mi destino. Tranquila y risueña, pues, y sin experimentar la más mínima perturbación que me indujera á tomar una actitud fingida para acercarme á él, entré en la sala donde me estaba aguardando.

»No hay que decir el cambio físico que experimenté en seis años. Yo iba á cumplir los diez y seis, y por lo tanto no era ya una niña la que vistiendo lúgubre traje se presentaba al conde de C..., sino una muchacha que con las galas de la juventud daba realce al traje que vestía. De elevada estatura y tal vez hermosa, produje en el corazón de un hombre libre de la sujeción en que la etiqueta y el valimiento le tuvieran largo tiempo, una impresión tanto más viva cuanto habiéndome dejado niña y vístome siempre tal en su imaginación, estaba menos preparado á ella. Por lo que á mí hace, confieso que en su fisonomía nada ví que me revelase turbación íntima alguna; y si en sus maneras se operó un cambio súbito, me pasó del todo inadvertido. ¿Sabía yo acaso si los ojos le brillaban siempre como yo los veía brillar? ¿si de los labios le brotaban ó no constantemente las bené-

volas palabras que acababa de dirigirme? Mi padre le había legado sus derechos, instituídole tutor mío, y por lo tanto la gratitud me obligaba para con él. Como su aspecto no despertaba recuerdo alguno en mi memoria y por lo mismo no daba vida en mi corazón á la más leve esperanza, conservé en su presencia una actitud sencilla, modesta, natural y reservada y le escuché sin turbación, respondiéndole á sus preguntas con gran libertad y mayor tranquilidad de ánimo. Sin embargo, el conde no me inspiró el profundo respeto que infunde la idea de una elevada posición social, la simpatía á que da vida la certeza de una grande abnegación; nada en él se captó mi confianza. Por otra parte, esta primera entrevista fué muy corta; el conde pareció cortarla, cual si hubiese sentido necesidad de reponerse de una emoción combatida ó de meditar sobre su conducta venidera. Lo que recuerdo, sí, es que su súbita partida me llenó de sorpresa, porque en todo el transcurso de dicha escena nada reveló semejante intento. Con todo, una vez se hubo separado de mí, instintiva y casi inconscientemente me expliqué tal extravagancia cuando quise indagar en mi mente la causa de aquella visita.

»Muy á menudo la superintendente, en su constante benevolencia por una discípula de que estaba orgullosa, al hablarme de mi porvenir y de mi fortuna, se admiraba de la indiferencia de mi tutor para conmigo. Cierto es que aquélla no ignoraba que su representación le dejaba pocos instantes libres; pero en las visitas que la delfina hacía á San Dionisio, ésta me dirigía siempre la palabra, diciéndome que ella compartía las promesas hechas á mi padre en el momento de su muerte; y después de manifestarme bondadosamente la satisfacción que sentía por mis adelantos y mi conducta, y de alentarme á que continuase por el mismo camino, añadía:

»—Voy á dar al conde de C... una grande alegría, cuando le diga que su pupila es piadosa, instruída é inteligente.

»A pesar de la satisfacción que semejantes benévolos informes debieron de haberle causado, ni una vez siquiera, como ya he dicho, había venido á verme. Pen-

sando estaba yo todavía en tan singular circunstancia, cuando la superintendencia mandó á llamarme.

»—Hija mía, me dijo la buena señora abrazándome con tristeza, siempre he imaginado que la cortedad de medios con que V. cuenta y la indiferencia de su tutor nos proporcionaría el placer de tenerla mucho tiempo entre nosotros, máxime cuando se encuentra V. aquí tan á su gusto; pero con pesar del alma presiento que no va á suceder así.

»—¡Cómol exclamé; ¿acaso el señor de C... ha dicho algo sobre el particular? A mí, á Dios gracias, no me ha hablado palabra que pueda hacerme presentir mi salida.

»—Tampoco á mí me ha dicho nada positivo, hija mía, repuso la superintendente; sin embargo, cuando me he arriesgado á interrogarle acerca de sus planes respecto de V., ha desechado enérgicamente la idea de verla consagrada á la enseñanza.—Pero caballero, le he dicho, la señorita de Mormant está pobre.—Es cierto, me ha contestado.—Más, he añadido, es indudable que el nuevo gobierno no va á continuar satisfaciendo la pensión que de su bolsillo particular pagaba la delfina.—Es más que probable.—Pues bien, he continuado, V. ya sabe que en el día una joven sin dote no se casa, y le consta la situación en que se encuentra una mujer que se ve arrojada en medio de la sociedad sin bienes de fortuna y sin marido.—Yo me encargo de proveer, señora, ha contestado el conde.—Caballero, he añadido, Fernanda, al perder á sus ilustres protectores ha perdido su porvenir.—Usted se olvida, señora, de que la quedo yo, y de que juré á su moribundo padre reemplazarle.—No, señor, no lo olvido; pero las circunstancias han cambiado, y V. mismo...—Mi fortuna es libre, señora; no tengo hijos, y puedo adoptar por tal á Fernanda.» Y en diciendo estas palabras, me ha saludado y se ha salido. Ya ve V., hija mía, continuó la superintendente, cuán sin razón acusábamos al conde de indiferencia para con V. Hoy reclama sus derechos de tutor; derechos incontestables á los que V. debe obediencia. Según él dice, puede disponer libremente de su fortuna.

Tal vez se ha afiliado al gobierno actual, quizás está realmente rico; como quiera que sea, dice que quiere adoptarla á V. por hija, y esto es lo mejor que podía suceder á V. Ya lo ve V., nuestra separación es inevitable; y como yo la quiero de corazón, hija mía, al par que la felicito por su ventura, semejante separación me contrista.

»—¡Oh! señora, contesté, también á mí me apesadumbra, y no sin profundo pesar abandonaré esta casa. Sólo pensar en el mundo me espanta.

»—Porque no le conoce V., hija mía; pero yo que he sabido apreciarlo, sé que en él va V. á triunfar, y por lo tanto respecto del particular no experimento temor alguno; pero aquí la queremos á V. acendradamente, y la amistad nos vuelve egoístas. Con todo, su dicha nos indemnizará de su ausencia.

»—¡Ah! señora, exclamé, sintiendo que se me henchían de lágrimas los ojos, afortunadamente no se ha decidido todavía cosa alguna, y puedo rogar á mi tutor que me deje vivir en esta casa.

»—Guárdese V. de ello, hija mía, pues si el conde de C... obra de esta suerte, es sólo con el deseo de que alcance V. la dicha. Mi experiencia me permite leer en lo porvenir con más claridad que no V., Fernanda. Todavía no ha cumplido V. diez y seis años, y en esta edad el corazón ni la razón se han desenvuelto aún del todo; de consiguiente mi deber es aconsejarla que obedezca. El conde de C... es hombre distinguido, y siempre gozará de grande influjo en la sociedad en que tan importante papel ha desempeñado. Ea, sosiéguese V.; no suele acontecer que me vea obligada á enjugar las lágrimas de sus compañeras cuando me abandonan. Por otra parte, V. misma lo ha dicho, todavía no se ha decidido cosa alguna... Esperemos...

»Corta fué mi espera; pocos días después el conde volvió, en compañía de una mujer, y fijó mi salida de San Dionisio para un plazo muy próximo.

»La señora Vercel, á quien mi tutor me presentó en esta segunda visita, frisaba con los cincuenta; y sobre que todavía se conservaba muy bien y era ocurrente, en

todas sus palabras y acciones demostraba estar acostumbrada al trato social. Dicha señora, que hablaba con una especie de autoridad suavizada por el tono que imprimía á su voz, y hacia la cual me sentí involuntariamente inclinada por la simpatía, en sus consejos parecía como animada por el deseo de no exigir nada, y más en un no sé qué seductivo que no en sus facciones se revelaba la bondad de su corazón. Hubiérase dicho que leía en el pensamiento ajeno, que respondía á él; sobre todo poseía el arte de aquilatar sus argumentos con frases contundentes y de velar las más amargas verdades con las palabras obsequiosas de la benevolencia.

»—Si el cielo me hubiese concedido una hija, me dijo la señora Vercel abrazándome, hubiera querido que se pareciese á V. Por mi parte quisiera también inspirarla á V. un poco de afecto como el que nos inspira nuestra madre, pues el señor conde de C... la confía á V. á mi cuidado. Me he comprometido á guiarla á V. al través de la sociedad y á dársela á conocer; pero lo que más ambiciono, ahora que la veo, es inspirarla el afecto que ya en este instante experimento yo por V.

»No sólo me era difícil resistir á semejantes preliminares, no sólo sentía por la de Vereel una viva amistad, sino que, en presencia de ésta, el mundo perdía de improviso á mis ojos, todo lo que de espantoso había asumido en mi aislamiento. Parecióme que á la sombra de semejante egida no podía dejar de tener por compañera á la ventura. La superintendente misma se puso gozosa y diputó á aquélla por mujer superior.

»Cuando el conde de C... me asió las manos y me anunció que cuanto antes iba á sacarme de San Dionisio para llevarme á París, latióme con fuerza el corazón, del que desapareció el poco temor que todavía en él quedaba para dar paso á la esperanza.

»A los diez y seis años, falta de experiencia y pura como yo era, no se necesitaba sino secundar mis felices disposiciones naturales para hacer de mí lo que quisieran. Cuando atravesé el umbral de aquel asilo donde me formara, pudieran haberme conducido á la más elevada posición social á que la mujer puede alcanzar. En

parte alguna hubiera estado fuera de mi centro; pero ¡ay! ¿qué han hecho de mí?

»La señora Verceel había aceptado una habitación en el palacio de mi tutor, á fin de consagrarse exclusivamente á lo que ella llamó mi educación. En efecto, tan pronto estuve instalada á su lado, comprendí el desenvolvimiento que debía dar á los conocimientos que yo adquiriera, su aplicación á la vida real y el lucimiento que podían procurar.

»Vime objeto de las más delicadas y solícitas atenciones por parte del conde de C..., quien me prodigó maestros afamados. La música, la pintura y aun la danza ocuparon exclusivamente los días, ahora por demás cortos, ya que de ellos tenía ocupados todos los instantes. Mi tutor parecía complacerse en seguir mis progresos, y su no interrumpida solicitud por iniciarme en las maravillas de París aquilataba sus finezas, á que yo procuraba hacerme acreedora por medio de mi aplicación y de mi apacibilidad. De esta suerte y antes de que yo pudiese haberme dado cuenta de una existencia tan lucida, ni aun volver de mi asombro, trascurrieron seis meses. Los placeres sucedían con tanta rapidez al trabajo, colmábanme de tan hechiceras fruslerías, me preocupaba tanto el comprender cada una de las novedades que veía, eran tan rápidas mis impresiones, que no me quedaba tiempo para interrogarme á mí misma. Yo hubiera querido conocer la causa que me proporcionara tanta dicha, pero nuevos proyectos, tan pronto ejecutados como concebidos, á cada instante venían á ocasionarme nuevas sorpresas y emociones más gratas. Mi vida era un enajenamiento no interrumpido.

»Sin embargo, en medio de tanta agitación, no dejaba yo de observar á los dos seres entre los cuales el tiempo volaba con tal rapidez, y poco á poco, gradualmente, conseguí la experiencia que más adelante debía iluminarme y mostrarme la verdad en toda su desnudez.

»El conde de C... no era bueno ni malo, sino lo que llamamos ligero, y en él parecía revivir el espíritu del siglo XVIII. Leal y poco escrupuloso á la vez, todo aquello de que vituperaba tomando por pauta sus principios,

hacíalo él con restricciones de conciencia y modificaciones más ó menos sofisticadas. Vulneraba la moral, pero respetaba la costumbre; hacía alarde de rigorismo sin ser hipócrita, pero ciertas preocupaciones de clase parecían autorizarle á cometer inocentes desatinos. Dábanle horror los sollastres de la Regencia, é imitaba las costumbres de la segunda época del reinado de Luis XV; en su casa vomitaba pestes contra la depravación del cardenal Dubois, mientras se sonreía al recuerdo del Parque de los Ciervos; en una palabra, exaltaba á Versailles y se indignaba contra el Palacio Real.

»Después de haber, como buen soldado francés, hecho la guerra en tiempo del Imperio, cuando la Restauración el conde de C... había oficiado como general palaciego, esto es, abandonado la táctica por la diplomacia; la espada del guerrero no era ya en sus manos sino una vara de acero, y, llegado á la meta de la jerarquía militar, sólo se inspiraba en el poder sacerdotal.

»En sus modales y en su lenguaje recordaba al general Richelieu. Su civilidad era exquisita; pero desde 1830 veló el prestigio de sus convicciones, adquirió de nuevo los hábitos de juventud contraídos en otro tiempo en país conquistado y sirviendo en las filas de la guardia imperial, y aun las que le cautivaran en su infancia entre los currutacos de la juventud dorada de la época del Directorio. Pródigo para sus placeres, tiraba sus rentas como agua bendita, hasta el extremo de que los proveedores de su casa á las veces se veían obligados á hacerle perseguir para el pago de ese lujo bien entendido á que los ingleses apellidan *comfort*, de pequeñeces caseras, del vino que se servía en su mesa y de la leña que ardía en sus cocinas. Nunca pagaba á sus criados sino al despedirlos, cuando se atrevían á reclamarle su soldada. En medio del lujo siempre se encontraba apurado, y era de ver cómo le presentaban las cédulas de citación en bandejas de plata. Con todo, á tantos defectos y á tanto desbarajuste, el conde reunía buenas cualidades esenciales. De imaginación viva y fecunda, era el regocijo de sus oyentes, que se complacían en recordar las frases oportunas con que lo caracterizaba todo. Estimá-

banle por su oficiosidad, pues con rara perseverancia prestaba un favor, con tal, sin embargo, que pudiese hacerlo escribiendo. Una diligencia personal le costaba más que si hubiese tenido que dictar cien cartas ó escribirlas de propio puño, lo cual hacía con una ortografía completamente peculiar, pero con giros tan variados y elegantes, que podía parangonársele con madama de Sevigné. En definitiva, tales eran los contrastes que ofrecía, que no parecía sino un enigma viviente, enigma cuyo sentido todavía hoy se ignora.

»La señora Vercel era un tipo correcto, modelado sobre los principios más severos, y así como la regularidad y la armonía de su físico no tenían pero, eran irreprochables su lenguaje y su conducta. Al primer aspecto, la impresión que producía en los ojos y en el ánimo era de que aquella organización maravillosa se movía á impulsos de los rodajes de una inteligencia superior de la que la razón parecía ser la péndula que moderaba los movimientos y regulaba la marcha. Conocedora de la sociedad, por decirlo así, lo había calculado, formulado todo por ecuaciones algebraicas, á fin de resolver el problema de la consideración en la vida social. No daba importancia sino á la opinión; para ella todo se encerraba en las prácticas; lo primordial era la forma, pero sin perjuicio de la esencia. Sin embargo, al igual que era más que noble aunque careciese de pergaminos, su talento la hacía superior á la etiqueta. Nunca se la cogió en un renuncio en la acción más insignificante, ni dejó sin réplica proposición alguna. Se tratase de lo que se tratase, su juicio era claro y preciso. Friamente acogida por las mujeres y solicitada por los hombres su sociedad, la señora de Vercel ocupaba una posición excepcional. De fijo no se sabía quién era ni qué hacía, aunque no daba pie á la más ligera sospecha, y aun á cambio de perdonarla algunos pecadillos, la gente hubiera querido aclarar las sombras en que estaban envueltos su origen y su vida. Quererla, no la querían, mas los que la trataban se veían obligados á respetarla. Sin bienes de fortuna, hacía alarde de economía, pero no condenaba el lujo; así es que, sencilla y

modesta sin afectación como era, nada exigían de ella respecto del particular: en resumen, era una mujer perfecta para quienquiera no podía, como yo, sondear su conciencia, y aun yo misma no debía conocerla hasta después de haber sido su víctima.»

Fernanda se detuvo por segunda vez, pero no para meditar, sino para enjugarse las lágrimas.

XVII

«—Mi existencia había cambiado radicalmente, continuó la joven; el conde de C... había hecho de la suya la mía; el apellido de mi padre y el título de pupila suya me abrían la puerta de todos los salones. Por la mañana, mi vida estaba consagrada al estudio; la pintura y la música, por las que sentía pasión, y en las cuales hacía rápidos progresos, me absorbían parte del día; á las cuatro, mi tutor venía á verme, admiraba mis esbozos, y después de hacerme cantar me aplaudía. Con frecuencia éste se quedaba á comer con nosotras, y en comiendo empezaban las diversiones, tales como teatros, tertulias y bailes. Como la reputación de la señora de Vercel era intachable, ésta me conducía á todas partes; pero doquiera que fuese me encontraba siempre con el conde de C..., quien no perdía ocasión de hacerme desplegar las galas de mi talento y mi ingenio. A los ojos de la sociedad, y aun á los míos propios, mi tutor cumplía dignamente el mandato de que se encargara, pues en realidad un padre no hubiera hecho por su hija más de lo que él hacía por mí.

»No obstante, en medio de aquella no interrumpida serie de estudios y de diversiones que me convertían en artista mujer de mundo y en mujer de mundo artista; en el seno de aquella existencia que yo no hubiera escogido á poder escoger de antemano mi vida, experimentaba vagos presentimientos, un temor instintivo que yo rechazaba como una especie de crimen. Poco á poco, sin